

VINCENZO PAGLIA

**LA PALABRA DE DIOS
CADA DÍA**

2022

COMUNIDAD
DE SANT'EGIDIO
2021

En la portada: *Icono de la Madre de Dios, «alegría de todos los afligidos»*,
segunda mitad del siglo XVII. Comunidad de Sant'Egidio, Roma.
Fotografía: Marco Pavani © Comunità de Sant'Egidio

Traducción de la Comunidad de Sant'Egidio
del original italiano *La Parola di Dio ogni giorno* 2022

© 2021 Edizioni San Paolo, s.r.l.
Piazza Soncino 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milano) - Italia
www.edizionisanpaolo.it
© de la edición en castellano: Comunidad de Sant'Egidio

Ediciones Sígueme S.A.U., 2021
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN de la edición impresa: 978-84-301-2114-4
Depósito legal: S. 406-2021
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Presentación. La oración nos da un corazón y lo orienta</i>	
hacia el Señor	7
La oración salvará al mundo	7
El año litúrgico	11
El ritmo semanal de la oración de Sant'Egidio	12
 TIEMPOS LITÚRGICOS	
Tiempo de Adviento	17
Tiempo de Navidad	47
Tiempo ordinario	65
Tiempo de Cuaresma	115
Semana Santa	147
Tiempo de Pascua	155
Tiempo ordinario	201
 <i>Índice de pasajes bíblicos</i>	365

PRESENTACIÓN

LA ORACIÓN NOS DA UN CORAZÓN Y LO ORIENTA HACIA EL SEÑOR

LA ORACIÓN SALVARÁ AL MUNDO

La Palabra de Dios cada día 2022 llega cuando el mundo todavía sufre por la tragedia de la pandemia, aunque no en todas partes por igual. Sigue siendo cierto que estamos todos en la misma barca y que todos necesitamos salir juntos de esta tragedia que se ha abatido sobre el planeta. También podríamos decir, tal como hemos visto a lo largo de estos largos y duros meses, que estamos todos en la misma tormenta pero en barcas distintas: algunos en barcas más frágiles, otros en barcas olvidadas. Pienso concretamente en los ancianos —que frente a la covid-19 pagaron el precio más alto—, en los discapacitados y en los niños. Pero también pienso en países enteros (normalmente los más pobres), o en grupos de ciertos países, para los que es más difícil luchar contra la pandemia a causa de las dramáticas situaciones en las que se encuentran por culpa de las injusticias, el hambre, los conflictos, las guerras... La pandemia ha significado más pobreza y más crisis para las economías más pobres del planeta, y ha dejado en la miseria a millones y millones de personas. ¿Cómo podemos ser indiferentes ante la proliferación de tantas tragedias?

La Palabra de Dios cada día 2022 acompaña a los lectores de varios países del mundo. Están lejos unos de otros, pero llevan en el corazón los dolores de los países afectados por la enfermedad y por la guerra. Junto al salmista pueden cantar:

Mi pecho aguanta la infamia de los pueblos,
así ultrajan tus enemigos, Señor,
así ultrajan las huellas de tu Ungido (Sal 89, 51-52).

La Palabra de Dios cada día este año llega a su edición número veinte; a lo largo de estos años ha acompañado a los lectores en su encuentro con la Biblia y la oración. El libro quiere ser una pequeña ayuda para llevar en el corazón, cada día, las «infamias de muchos pueblos». Eso es lo que la Comunidad de Sant'Egidio queremos vivir también en este nuevo año que el Señor nos permite vivir. Estamos llamados a sustituir la «globalización de la indiferencia» —como dijo el papa Francisco al inicio de su pontificado— con la «globalización de la intercesión». Con esta idea, el libro se presenta con una reproducción del icono de la Madre de Dios, «alegría de todos los afligidos», en la portada.

Es un icono ruso del siglo XVII. En el centro está la Madre de Dios sosteniendo al niño Jesús con su brazo izquierdo, mientras que en la mano derecha tiene el cetro real y en la cabeza la corona de reina. Por encima de ella está representado el Señor de los Ejércitos en señal de bendición; a su derecha el sol y a su izquierda la luna, es decir, el mundo entero. En torno a la Madre de Dios hay enfermos y sufrientes que, por su intercesión, reciben la curación y la ayuda a través de los ángeles. En la filacteria central del icono, en la parte superior, está escrita la invocación «Oh, Madre, que engendraste al Verbo, cantada por todos entre todos los santos». Las dos filacterias que quedan por debajo (una a la izquierda y otra a la derecha) llevan escrito: «Escucha la invocación de hoy y libranos de todo mal». Y a ambos lados de la Madre de Dios está escrito «vestido de los desnudos», a la izquierda, y «curación de los enfermos», a la derecha.

La tradición de la Iglesia ortodoxa rusa asocia este icono a un milagro que tuvo lugar el 24 de octubre de 1688. La hermana del patriarca Joaquín, que agonizaba por una enfermedad, oyó mientras rezaba una voz que la invitaba a dirigir sus súplicas al icono de María. En aquel mismo momento se celebraba el servicio litúrgico en una iglesia próxima en honor de la Madre de Dios, «alegría de todos los afligidos». Asperjaron con agua bendita a la enferma, que quedó curada inmediatamente y se puso en pie. Con este icono la Iglesia ortodoxa rusa celebra el 24 de octubre a María «alegría de todos los afligidos».

Como hemos dicho, este es el icono que encabeza el libro *La Palabra de Dios cada día* de este año. La santa Madre de Dios y

la Iglesia se ponen en el centro de la asamblea de creyentes e interceden por el mundo entero ante el Señor. Nosotros, lectores de *La Palabra de Dios cada día*, podemos unirnos a los ángeles que en el icono ayudan en el ministerio de intercesión por la curación de todos los enfermos y por la paz entre los pueblos. El tiempo que estamos viviendo –tanto en los países en los que se puede empezar a hablar de pospandemia como en aquellos otros donde la pandemia todavía golpea con fuerza– necesita la oración de intercesión así como ángeles que vivan en la compasión de Dios. El papa Francisco sigue dándonos ejemplo. Todos lo recordamos en aquel lejano 27 de marzo de 2020, solo, en una tarde lluviosa, en una plaza de San Pedro vacía, frente a Dios, intercediendo en nombre de todos por la salvación del mundo entero. Desde aquella tarde se han elevado oraciones al Señor en todo el mundo por el fin de la pandemia y la restauración de la paz. El calendario de nuestro libro ha introducido el recuerdo de aquella oración, lo que nos confirma una vez más que la fe de la Iglesia transmite de generación en generación la convicción de que la oración común de los creyentes salva el mundo del mal, de todo mal. Así lo dice el sacerdote en la santa liturgia, en la oración que pronuncia justo después del Padre Nuestro: «Libranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días».

La insistencia en la oración de intercesión es una de las principales obras que los discípulos de Jesús están llamados a realizar en este tiempo de gran cambio. Con la oración todos pueden ser elevados a la presencia de Dios y salvarse. Me viene a la memoria la página evangélica de Lucas, cuando Jesús imparte una pequeña catequesis sobre la oración de intercesión: «Imaginaos que uno de vosotros tiene un amigo y acude a él a medianoche, diciéndole: ‘Amigo, préstame tres panes, porque ha llegado de viaje a mi casa un amigo mío y no tengo qué ofrecerle’» (Lc 11, 5). Ya sabemos cómo sigue la catequesis. Tendemos a pensar que en la historia participan dos interlocutores: quien pide y Dios. Pero, en realidad, en la parábola Jesús habla de tres personajes: el que pide, el amigo al que molestan en plena noche y el otro amigo, el que llega a casa del que pide. De este último, el tercero, casi nadie se acuerda. Y en realidad es él quien pone en movimiento el engranaje de la amistad. Este engranaje desencadena una historia porque alguien

que va de viaje tiene hambre y todas las tiendas están cerradas. No es casual que Jesús explique así la historia. Indica con ello que la oración no es solo un diálogo entre yo y Dios, entre el creyente y su Señor. Jesús introduce un matiz intencionadamente. Un invitado llega de imprevisto en plena noche y el señor de la casa no tiene nada que ofrecerle; entonces este va a molestar a otro amigo, corriendo el peligro de ser inoportuno (en las casas palestinas había una sola habitación, y levantarse por la noche significaba molestar a toda la familia y pasar por encima de los demás).

Así es como arranca la oración de intercesión: alguien, con su presencia y sus problemas (de salud, de abandono, de guerra, de injusticia, de abusos, de soledad...), interrumpe nuestro sueño (que a veces es el sueño de la indiferencia) hasta el punto de que nos vemos obligados a pedir ayuda a Otro. Antes de llamar a la puerta del corazón de Dios, él nos invita a abrir la puerta a quien llama –a quienes llaman– a la puerta de nuestro corazón. Ese es el significado de la oración de intercesión que los discípulos están llamados a vivir como un verdadero servicio sacerdotal. En este tiempo difícil todo discípulo debe vivir dejando que le traspasen el corazón. No siempre tenemos los recursos necesarios para resolver los dramas de quienes sufren. Pero siempre tenemos la oración para interceder. Y la catequesis de Jesús nos asegura: «Si vosotros, aun siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!» (Lc 11, 13).

La oración de intercesión nos hace católicos, es decir, acogedores con todos. Es la humilde ambición de *La Palabra de Dios cada día 2022*: transformar a quienes se dejan tocar por la oración de cada día en un templo espiritual plantado en todos los rincones del mundo, del que pueda salir sin cesar (gracias también a los distintos husos horarios) una oración universal de invocación a Dios para que baje y otorgue su salvación a todos. Esta oración de intercesión nos ayuda a ser madres y padres adoptivos de hijos e hijas –sobre todo de los que cargan con el mal y la soledad– que no se conocen, pero a los que Dios conoce y cura por nuestra intercesión. Y, al igual que los ángeles, también nosotros protagonizamos el icono de María «alegría de todos los afligidos».

EL AÑO LITÚRGICO

El libro *La Palabra de Dios cada día 2022* –como cada año– va asociado a la celebración de la Misa diaria según el calendario litúrgico de la Iglesia latina. Los domingos y los días festivos, pues, comenta –siguiendo el ciclo trienal del año litúrgico– los pasajes bíblicos del ciclo C, con el Evangelio de Lucas que se leerá los domingos del año. El año litúrgico empieza con el Adviento, un tiempo para esperar al Salvador que viene a vivir entre los hombres el día de Navidad. Después de la Epifanía –la fiesta de la manifestación de Jesús a los magos, es decir, al mundo entero– empieza el tiempo en el que Jesús se manifiesta al pueblo de Israel con el Bautismo en el Jordán. El papa Francisco ha querido dar más valor al inicio del año celebrando la Fiesta de la Palabra de Dios el primer domingo tras el Bautismo de Jesús, que fue el inicio de su predicación en Galilea. Es una fiesta por la que la Comunidad de Sant’Egidio siente un cariño especial y que celebra con gran solemnidad, con gestos como, por ejemplo, entregar la Biblia a los fieles. El calendario sigue con algunas semanas que reciben el nombre de «tiempo ordinario» hasta el Miércoles de Ceniza, que abre la Cuaresma, los cuarenta días en los que la Iglesia nos invita a «volver» al Señor mientras vamos hacia el misterio de la pasión, muerte y resurrección del Señor. Con un corazón humilde y arrepentido podremos celebrar la gran y santa semana de Pasión, que culmina en la Pascua de resurrección, corazón del año litúrgico. El calendario sigue con la celebración del tiempo de Pascua: cincuenta días que llevan hasta Pentecostés, que es el cumplimiento de la Pascua.

El día de Pentecostés empieza el tiempo de la Iglesia, la Iglesia «en salida» desde la plaza de Jerusalén hasta los confines de la Tierra. Toda generación cristiana está llamada a salir de su cenáculo para recorrer los caminos del mundo comunicando a todos el Evangelio del Señor. En este largo tiempo después de Pentecostés no hay recuerdos especiales del Señor que se deban celebrar. Los discípulos de Jesús, llenos del Espíritu Santo, son enviados a todos los pueblos de la tierra para que sean hermanos y vivan en paz en la «casa común», que es el planeta entero, preparándose así para el último día, cuando Jesús volverá como

rey y nos hará vivir plenamente en su Reino de amor. El papa Francisco incluyó al final del año litúrgico, el domingo XXXIII, la Fiesta de los pobres. Es el domingo anterior al que cierra el año litúrgico con la fiesta de Cristo rey del universo. El Papa quiere así recordar a todos que seremos juzgados por el amor a los pobres, como muestra el Evangelio de Mateo. Es una fiesta que la Comunidad de Sant'Egidio vive intensamente porque refleja un aspecto fundamental de su carisma, que ese día se pone claramente de manifiesto.

La Pascua es el corazón del año litúrgico. Para los primeros cristianos era la única fiesta. En ella se celebra la victoria definitiva de Jesús sobre el pecado y la muerte. Tanto la tradición de Oriente como la de Occidente cantan la belleza de la Pascua, de la que emana no solo el año litúrgico, sino toda la vida de la Iglesia. Vivir la Pascua es la razón de la vida de la Iglesia y de todo creyente. Durante el año litúrgico encontraremos días dedicados al recuerdo de María, de los apóstoles y de los santos. Así la Iglesia nos muestra los milagros de cambio que se producen en aquellos que dejan que el Espíritu del Señor los transforme, y al mismo tiempo nos hace descubrir una familia grande de hermanas y hermanos que han alcanzado la estatura de Cristo y ahora están con él en la gloria. El libro incluye, además, otros motivos de recuerdo asociados a la vida de la Comunidad de Sant'Egidio, al mundo cristiano, a otras religiones y a la historia universal.

El tiempo litúrgico no está separado del tiempo de los hombres; al contrario, aquel es un fermento de amor de este. El tiempo litúrgico es para la historia lo que la Iglesia es para el mundo. Celebrando el misterio de Jesús a lo largo del año ayudamos, misteriosa pero realmente, al mundo entero y a todos los pueblos a abrirse al amor de Dios y a santificar la historia.

EL RITMO SEMANAL DE LA ORACIÓN DE SANT'EGIDIO

La *semana*, que llega a su culmen el *domingo* (Pascua de la semana), marca el paso de todo el año, desde el Adviento hasta la fiesta de Cristo Rey. Desde siempre, la Comunidad de Sant'Egidio ha vivido el Evangelio de manera íntimamente ligada a los ritmos de la vida de la ciudad. ¿Cómo podemos rezar en la ciu-

dad, sin dejarnos arrastrar por sus ritmos convulsos? ¿Cómo podemos acompañar el tiempo de la oración? *La Palabra de Dios cada día*, texto que es hijo de esta inspiración, marca el tiempo de la oración a lo largo de la semana: los días feriales conmemoran recuerdos fijos que llevan hacia el día del Señor. El domingo se convierte así en el «culmen» de la semana pasada y en la «fuente» de la que está por empezar.

Retomando el camino de los días normales, el *lunes*, tras haber contemplado el domingo el rostro del resucitado, vemos al Señor en el rostro de los pobres, de los débiles y de los enfermos. La oración vespertina acoge ese día el recuerdo de los pobres, de aquellos a los que encontramos a lo largo del día y de los que están lejos, que a veces son países enteros que sufren. Todos son presentados al Señor para que los consuele y los libre del mal.

El *martes* la oración está acompañada por María, madre del Señor. Todos podemos aprender de ella, la primera de los creyentes, a «conservar en el corazón» (cf. Lc 2, 51) lo que hemos escuchado y a dar gracias al Señor, que ha dirigido su mirada a los humildes.

El *miércoles*, las Comunidades de Sant'Egidio esparcidas por el mundo rezan las unas por las otras y por toda la Iglesia. Todas se reúnen en la grandeza, en la profundidad y en la alegría de la comunión que el Señor da a sus hijos e hijas. La oración letánica con los santos del cielo, a los que se invoca con su nombre, une a las comunidades en su andadura por los caminos del mundo.

El *jueves* se recuerdan todas las Iglesias cristianas, las de Oriente y las de Occidente, para que crezca la comunión entre los creyentes en Cristo, y la comunicación del Evangelio se extienda hasta los confines de la Tierra. El Señor, único pastor de su Iglesia, da a todos su amor apasionado.

El *viernes* recordamos la cruz del Señor. De ella brota la salvación. El cruce entre las bienaventuranzas evangélicas y la narración de la pasión impulsa a contemplar la riqueza de la cruz, que es al mismo tiempo anuncio de la muerte del egoísmo y de la victoria del amor a los demás.

El *sábado* es el día de la vigilia y de la espera de la resurrección del Señor. Cantamos delante de la tumba de Lázaro muerto para que sea liberado de las vendas. Él condensa el grito de ayu-

da que proviene de todas las partes del mundo. Pedimos a Dios que intervenga para que nos libre a todos de las vendas y ataduras del pecado y nos salve con su misericordia.

El *domingo* abraza los días pasados y los orienta hacia el domingo eterno, día sin ocaso. Junto a los ángeles, los discípulos reciben desde ahora la gracia de cantar el Trisagio, que cierra la *Oración de la luz*.

Cuando hay festividades o conmemoraciones que prevalecen sobre los tiempos ordinarios se modifica el orden de la semana. Cuando se conmemora a los apóstoles se sigue la *Oración de los apóstoles*; arraigados en el testimonio de los Doce, estamos llamados a comunicar el Evangelio hasta los confines de la tierra. La *Oración del Espíritu Santo* nos acompaña en el tiempo de Pentecostés. La *Oración con los mártires* nos recuerda el ejemplo de aquellos que en el pasado y aún hoy dan testimonio de su fe en el Señor hasta derramar su sangre. El tiempo de Navidad y el de la semana de la Pascua tienen esquemas de oración específicos.

Desde hace unos años en las Comunidades de Sant'Egidio de todo el mundo se da una especial importancia a la *Oración por los enfermos* y a la *Oración por la paz*, que se celebran una vez al mes. En la Basílica de Santa María de Trastévere de Roma, el primer lunes de mes se celebra la *Oración por los enfermos* y el tercer lunes la *Oración por la paz*. La decisión de vivir de manera especial estos dos momentos de oración nace de la fe en la misericordia de Dios, que se inclina para acoger y ayudar a aquellos que sufren a causa de la enfermedad o de la guerra. La proximidad a los pobres, a los débiles, al enorme sufrimiento que se abate sobre la vida de muchos no puede dejarnos indiferentes. Escuchar la Palabra de Dios nos da una luz, como demuestran las numerosas páginas evangélicas. No es irrelevante que la mayoría de milagros que llevó a cabo Jesús estuvieran relacionados con la curación de enfermos. ¡Cuántos enfermos aún hoy esperan que alguien los lleve al Señor! Y también son enfermos los pueblos afectados por la guerra.

En estas dos oraciones mensuales se presentan al Señor, en la primera, los nombres de los enfermos (escritos en un papel), que se presentan ante el altar, mientras que en la oración por la paz se leen los nombres de los países en guerra, uno a uno, y se encien-

de por cada uno de ellos una vela ante el altar. Las dos oraciones, por los enfermos y por la paz, son el fruto de aquella caridad que no conoce fronteras y de aquella fe convencida de que «para Dios no hay nada imposible». Nos lo recuerda con gran sabiduría san Juan Crisóstomo: «La necesidad lleva a rezar por uno mismo; la caridad estimula a rezar por los demás. Pero a Dios le place más la oración hecha por caridad». Vivir estas dos oraciones cada mes —y procurar extenderla— significa obedecer el mandamiento de Jesús de rezar con un mismo espíritu y sin desfallecer.

Es hermoso pensar que la universalidad de la Comunidad y de todo aquel que se une a ella en estos dos días —y también los otros días del mes— hace realidad una oración continua que se eleva al cielo desde Oriente hasta Occidente sin interrumpirse jamás. La posibilidad de conectarse por radio o por vídeo es un don que refuerza y aumenta la intercesión por el mundo, para que llegue pronto el Reino de Dios.

TIEMPO DE ADVIENTO

Domingo 28 de noviembre: I de Adviento

Jr 33, 14-16; Sal 25 (24); 1 Tes 3, 12-4, 2; Lc 21, 25-28.34-36

El Evangelio que hemos leído retoma un pasaje del discurso sobre el final de los tiempos pronunciado por Jesús en el templo. Con el lenguaje típico de la apocalíptica, Jesús anuncia que llegarán días en los que habrá «señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra, angustia de la gente». Es una visión que implica a toda la creación: hasta las mismas «fuerzas de los cielos —dice Jesús— se tambalearán». Estas palabras no están lejos de lo que sucede también en nuestros días. El cambio climático y el drama de la pandemia han puesto en evidencia la fragilidad del mundo en que vivimos, y esto ha suscitado preocupación y angustia por el futuro. ¡Cuántos pueblos viven con angustia! Es la angustia de los pueblos marcados todavía por la guerra y los conflictos, es la angustia de millones de pequeños y de grandes que siguen sufriendo por las enfermedades y el hambre, es la angustia de tantos obligados a emigrar que no encuentran a nadie que les acoja y ayude, es la angustia de tantos ancianos abandonados en soledad.

Pero Jesús no es un profeta de desventuras. Él habla para ayudarnos a mirar el futuro sin resignación y para sostener la esperanza de un mundo nuevo. Este es el sentido del Adviento que hoy iniciamos, y que vuelve en este tiempo difícil con la esperanza de un mundo mejor. El Evangelio nos exhorta: «Corrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación». Es tiempo de levantarnos. Si lo hacemos para acoger a un huésped que llega a casa, ¿cuánto más debemos levantarnos de nuestras costumbres para ir a acoger al Señor que viene? El Adviento es un tiempo para abrir los ojos y dirigirlos hacia el Señor que está por venir. Jesús que viene ablanda los corazones endurecidos; aclara la mente de quien piensa solo en su bienestar; abre el oído de quien solo escucha sus razones; abre los ojos

de quien no ve más que su horizonte. Dejémonos tomar de la mano por la Palabra de Dios y llegaremos hasta Belén, a aquella gruta bendita. Necesitamos encontrar a ese Niño. La advertencia del Evangelio es más que oportuna: «Cuidad que no se emboten vuestros corazones por el libertinaje, por la embriaguez y por las preocupaciones de la vida y venga aquel día de improviso sobre vosotros, como un lazo; porque vendrá sobre todos los que habitan toda la faz de la tierra. Estad en vela, pues, orando en todo tiempo» (Lc 21, 35-36).

Que los días del Adviento sean un tiempo de escucha y reflexión, de oración y amor. La Palabra de Dios iluminará nuestros pasos y calentará nuestro corazón. La bendición del Apóstol es también para nosotros: «Que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos» (1 Tes 3, 12). Sí, el tiempo del Adviento es un tiempo de escucha del Evangelio y de amor renovado por los demás. Este es el camino por donde encontraremos al Señor. Y desde ya le pedimos: «Ven, Señor Jesús».

ORACIÓN EN EL DÍA DEL SEÑOR

Lunes 29 de noviembre

Isaías 4, 2-6. El germen del Señor

Nos encontramos ante palabras de esperanza para un pueblo y una ciudad marcadas por la guerra y la destrucción. En ese «germen» el profeta ve la esperanza de un pueblo nuevo que habitará Jerusalén. Esa conciencia empuja al profeta a llamar a aquel pequeño resto, apenas un grupo de supervivientes, santo: es un pequeño germen pero está bendecido por Dios. En efecto, santo es el que acoge el amor de Dios, el que vive en comunión con él, el que obedece a sus mandatos, el que camina a su luz. Cuando los tiempos son difíciles, cuando la violencia del mal y de la guerra destruyen hombres y cosas, Dios no está lejos, aunque pueda parecer poco visible. El Señor ha asumido un compromiso de fidelidad con ese pequeño resto. No solo no lo abandona, sino que lo acompaña y lo protege. Ese germen –asegura el profeta– «será magnífico y glorioso», se convertirá en un árbol grande que produce frutos de bien para todos. La profecía de Isaías se nos vuelve a proponer al co-

mienzo de este tiempo de Adviento y se convierte para nosotros en una invocación al Señor para que esté a nuestro lado y nos libre del mal. Él lavará «la inmundicia de las hijas de Sion», limpiará «las manchas de sangre de Jerusalén... del interior de ella con viento justiciero y viento abrasador» y será una protección para todos. La misericordia de Dios hace «germinar» la paz en todas las tierras, incluso en las áridas y devastadas. La «gloria de Dios», es decir, su misericordia, nos acompaña día y noche. Así como sucedió a lo largo del camino del éxodo, cuando «de día en columna de nube... y de noche en columna de fuego, para alumbrarlos» acompañaba al pueblo y, «como una tienda», la protección de Dios les resguardaba del calor del día y del frío o de la lluvia en la noche. El Señor es aquel que en la historia está junto a su pueblo como se reveló a Moisés en la zarza ardiente: «Yo soy el que soy» (Ex 3, 14), el que está cerca de ti, para siempre.

ORACIÓN POR LOS POBRES

Martes 30 de noviembre

Fiesta del apóstol Andrés.

Mateo 4, 18-22. Llamada de los primeros cuatro discípulos

La Iglesia hace hoy memoria del apóstol Andrés, el «primero de los llamados». Esta memoria nos recuerda que el cristiano es ante todo un discípulo, es decir, un creyente que escucha la palabra del Señor y lo sigue. Por esto la historia del primer llamado –así lo presenta la narración del Evangelio de Juan (1, 40)– sigue siendo ejemplar. Andrés, hijo de Jonás y hermano de Simón Pedro, era originario de Betsaida y ejercía el oficio de pescador junto a su hermano. Jesús lo llamó mientras arreglaba las redes; las dejó inmediatamente y lo siguió. Según la tradición Andrés anunció el Evangelio en Siria, en Asia Menor y en Grecia, y murió en Patras, crucificado como su Maestro. La Iglesia Ortodoxa lo venera como el primer obispo de la Iglesia de Constantinopla. La invitación de Jesús a seguirle fue directa: «Venid conmigo y os haré pescadores de hombres». Andrés y Simón oyen aquella invitación, dejan las redes y lo siguen. Aquel maestro explica a aquellos dos su futuro de la única manera que aquellos pescadores podían entender, quizá de la única forma que podía entusiasmarles: «Vosotros se-